



MULTITUDES





MULTITUDES

Editores:

Cristina Elena Pardo
Juan Francisco Gordo
Joaquín Jesús Sánchez

Ilustraciones y collages:

Elena Garnelo y Valentina Mora.

Fotografía:

Cristina Elena Pardo, Jorge Coco Serrano y
Juan Francisco Gordo.

Foto de portada:

Cristina Elena Pardo

Diseño y logotipos:

Mar Cubero Rueda y Ainhoa Ezquiaga Bravo.

Maquetación:

Cristina Elena Pardo

Colaboradores:

Blanca Alfaro, Valeria Canelas, Natalia Castro Picón,
Giovanni Collazos, Ainhoa Ezquiaga Bravo, Sara
Ferro, Eva Gallud, Catalina García García-Herreros,
Fernando García Maroto, Juan Francisco Gordo, Ana
Gorría, Laura Liendo, Alejandro Molina, Lola Nieto, Sofía
Nowendsztern, Cristina Elena Pardo, Raquel Ramírez de
Arellano, Joaquín Jesús Sánchez y Jorge Coco Serrano.

© de los textos, sus autores.

© de las ilustraciones, fotografías y collages, sus autores.

ISSN 2530-6308

Depósito legal: M-4289-2017

Editado en Sevilla.

Impreso en Global Mail & Print. A Coruña, España.

Multitudes - CALIGRAMA #4

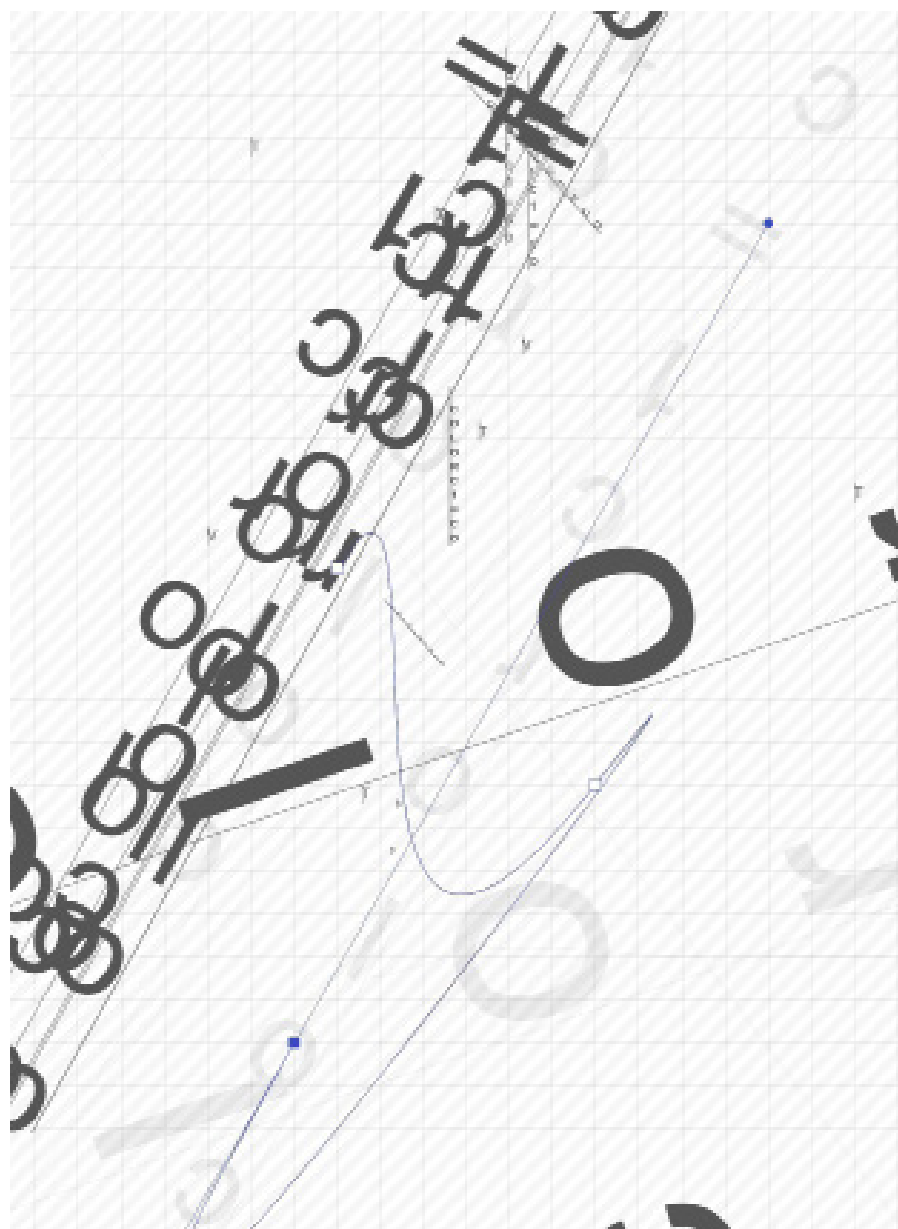
una revista gentrificada.

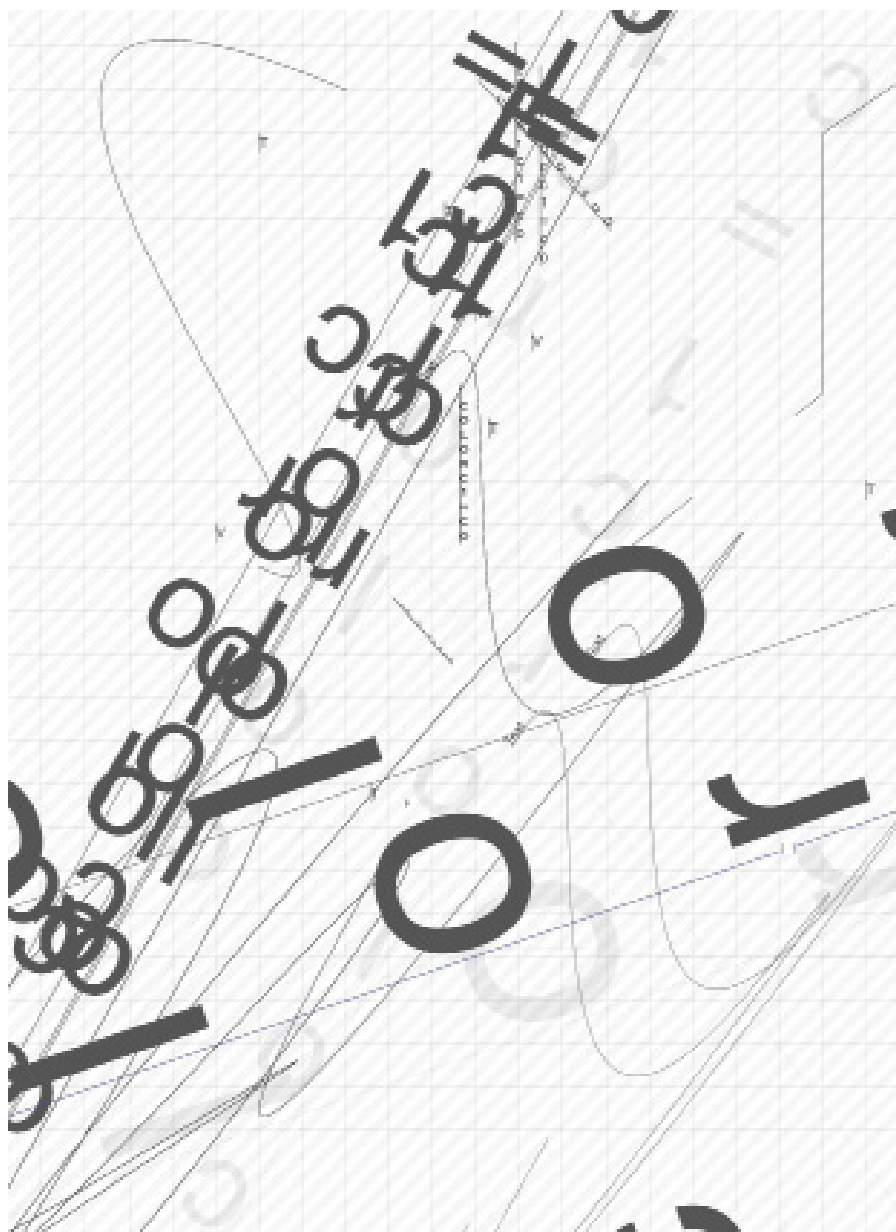
¡Somos demasiados! Qué estrecheces, qué agobio. Por todas partes gente corriendo, empujones, abarrotamiento. Migraciones multitudinarias, atascos, colapsos. Vivimos el tiempo de la masificación. Nunca fuimos tantos.

La multitud, sin embargo, tiene también su belleza. El Behemot tiene un nombre plural («bestias»), porque siendo un animal, vale por muchos. Hay un demonio evangélico que dice llamarse Legión. Cuando cayó Constantinopla, se dice que los teólogos discutían cuántos ángeles entraban en la cabeza de un alfiler (una turba de asaltantes coincidió con una muchedumbre angélica).

Este número, el cuarto, acumula multitudes. Es una suerte que usted, al abrirlo, no las haya desparramado.

Los editores





Elena Garnelo

Sobre nosotras, la curva de los astros, la del cielo o la curva del mundo. No estuvimos en lo que observamos. La sombra de la luz en las fachadas ya no nos pertenece. Hay un hilo brillante que une lo que separa, habrá correspondencias y vamos enhebrando geometrías a contraluz. Caeremos o caímos. El vientre inoportuno, la arena movediza. Perdimos nuestros pasos, tal vez por confusión. En la incomodidad o en la tiniebla. Una vez fuimos sin dirección, como tú no sabes cuál es el camino del viento. Nunca nos encontramos bajo la misma luz ¿dónde está dónde? Y sin embargo, la tierra nos comparte. La gente en las ciudades, la luz en las farolas.

PARALAJE

LA CUARTA CIUDAD

De la docena de ciudades autónomas que se asientan en el occidente de la isla, Mená es la más poblada. Hay varias historias sobre su fundación. Unos dicen que la ciudad creció alrededor de un templo al que no dejaban de acudir peregrinos esperando un milagro. Como los ritos eran complejos y largos, los viajeros comenzaron a levantar tiendas en mitad de aquella llanura vacía, que solo habitaban los sacerdotes. Varios santuarios se disputan hoy el protagonismo de este relato.

Otra de las historias es un simple argumento topográfico. Entre las ciudades de Jacer y Vicar se abre una planicie que se recorre en dos días y dos noches. Ahora, en esa llanura, se levanta Mená. La más inverosímil de todas asegura que cada habitante original (hay cierto consenso en que fueron siete, aunque una tradición sostiene que eran doce) llegó por un motivo distinto. Uno buscaba un cordero extraviado, un mercader transportaba artesanías, el tercero creía hablar con un dios en forma de espiga, dos se perseguían para matarse, el sexto se había perdido y el otro era un loco

Nadie conoce la forma de la ciudad, porque la cartografía está prohibida. El ángulo recto se considera obsceno y ninguna casa es más alta que el templo menos elevado, y no es más baja que los baños públicos. Sus habitantes hablan un idioma breve, parecido a todas las lenguas del mundo. Tienen una prodigiosa escuela de matemáticas y un floreciente negocio de cambistas.

La administración es diligente y rigurosa. Desconocemos cuál es su forma de gobierno. Para conseguir la ciudadanía hay que contribuir a ensanchar las fortificaciones a medida que crece la ciudad. Una ley antigua prohíbe vivir fuera de los muros, que son sagrados.

Sus ciudadanos caminan con parsimonia en grandes bullas. El ruido de las voces es enloquecedor, no porque griten, sino porque, por acumulación, las palabras se encajan unas con otras, haciendo el aire como un ladrillo. Todos los vecinos de Mená se molestan unos a otros. Es una ciudad habitada por turbas. Nadie puede ir con prisa o con libertad.

2. f. Superficie que sirve de protección, separación, barrera o abrigo.
DLE

Nos sentamos para seguir bebiendo y le pregunté por qué llevaba dos aretes. Él me contestó que era parte de su estilo. Le pedí que me diera uno, yo le di una de mis argollas. Volvimos a bailar, pero la música ya no estaba tan buena, solo quedaban cinco parejas en la pista. Ted me acompañó a mi casa y dejó que el taxi se fuera apenas bajamos. Nos besamos en la puerta del edificio; no me acuerdo quién besó a quién. Nos quitamos la ropa con ganas, los dos teníamos muchas ganas. Seguro para él también había pasado algún tiempo; maldita escuela graduada.

Cuando abrí los ojos en la mañana me estiré como siempre, segura de que no lo encontraría, pero le golpeé la nariz. Volteó y me besó, yo intenté detenerlo, tenía la boca amarga, creo que seguía borracha. Lo volvimos a hacer sin hablar, pero esta vez fue diferente; nos tuvimos consideración.

Ted había entrado al programa un año antes que yo. Su tipo de investigación era distinta, a él no le gustaba trabajar con animales. Una noche me levanté asustada, me puse lo primero que encontré y fui corriendo al laboratorio. Algo me decía que no le había inyectado la hormona a uno de mis peces. Entré sin mirar y ahí estaba él, tenía una copa de vino al costado del microscopio. –No le comentes a nadie por favor, me dijo en un inglés nervioso. Le respondí que no lo juzgaba, cada uno hacía lo que podía para sobrevivir. –¿Tú qué haces?, me preguntó. –Yo tomo whisky y corro en las mañanas. Monitoreé el pulso del pez espada más grande, sí le había puesto la hormona. Creo que solo han pasado dos meses desde ese día. Los dos volvimos a llegar. Él otra vez sobre mis sábanas. Debería volver a tener condones en casa, uno nunca sabe. Pero es que en esta vida de laboratorio uno nunca sabe nada, ni siquiera lo que hace. Andrés ya me ha dicho que compre condones, tal vez debería empezar a escucharlo. Él es mi mejor amigo aquí y solo porque es el único que habla español en el laboratorio; es puertorriqueño. Eso lo coloca en una posición privilegiada sobre cualquier otro ser humano dentro de la universidad.

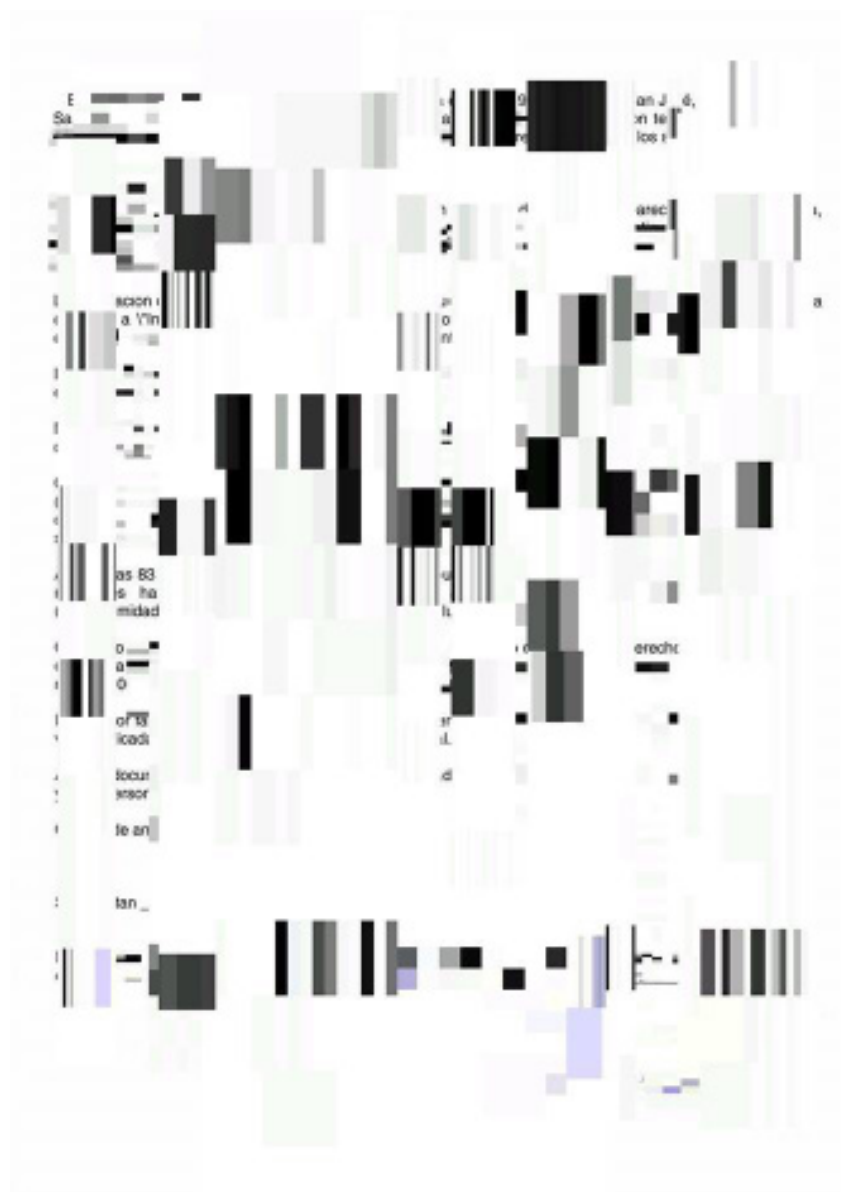
Pero ayer pasó todo de repente, el pez había duplicado su producción, tanto que cuando le aspiré el líquido pude llenar tres tubos de muestra. Mi experimento había funcionado, cinco meses después de tanto trabajo, yo no era un fracaso, podía escribir la propuesta. Grité al llenar el tercer tubo, era

sábado en la noche y el único que estaba ahí era Ted. Él me vio tan feliz que me propuso ir a tomar una cerveza al centro. Fuimos al único restaurante mexicano en todo el pueblo. Yo tenía ganas de bailar, había pasado mucho tiempo desde la última vez. Desde el cumpleaños de Andrés, cuando descubrí que había nueve personas más que hablaban español en esta universidad perdida en el medio de Escocia. Tres margaritas después la mesera me dijo que había un lugar para bailar no muy lejos de ahí. Yo la verdad pensaba venir a casa, pero Ted le dijo al taxista el nombre del lugar. Yo no quería bailar con él, no hay nada peor que tener ganas de bailar y hacerlo con alguien que no sabe. Pero él sabía, había vivido en Colombia un año porque se había enamorado de Carolina, una bogotana estudiante de intercambio. Yo sabía que él hablaba español, pero nunca se me ocurrió preguntarle cómo había aprendido. La música era buena y él entendía lo que estaba haciendo con los pies. No te conozco, pero ¡gracias Carolina! ¡Toda la felicidad del mundo para ti!

Ted me pidió que me parara de la cama, yo no sé por qué le hice caso. Sacó las sábanas y me preguntó dónde estaba el cuarto del lavado. Se vistió y fue al primer piso. Yo me puse un pijama y volví a dormir. No sé cuánto tiempo pasó hasta que él me despertó moviéndome el hombro: –El desayuno está listo. Era casi la una de la tarde. Yo no había hecho la compra de la semana, ¿qué pudo haber cocinado?, pensé. No me había lavado los dientes, me sentía asquerosa. Él estaba recién bañado y tenía mi toalla puesta en la cintura. Era la primera vez que observaba el cuerpo que había debajo del mandil blanco, me explicó que también había puesto su ropa a lavar. Me sirvió un plato de huevos revueltos con salchichas y una taza de té. Mi papá siempre decía “te puede faltar todo en la casa, pero asegúrate de tener salchichas y huevos en caso de emergencia”. ¿El cuerpo calificaba como emergencia? Ted preguntó si me sentía mejor. Me bañé después de comer, tuve que secarme con la toalla de manos. Solo tenía la que Ted llevaba en la cintura, no esperaba visitas. Salí y él seguía ahí viendo tele. ¿A qué hora se va? Pero bajó por las sábanas e hizo la cama, por más que le repetí tres veces que no era necesario. Apenas terminó le dije que debía ponerme a estudiar. Él me respondió que debía ir al laboratorio. No hice nada, me quedé todo el día en mi cama de sábanas limpias sobreviviendo la resaca.

Andrés ha vuelto de su viaje con un regalo para mí. Parece que se lo ha pasado bien en la conferencia. –Todavía no encontramos la cura para el cáncer, pero estamos cada vez más cerca, fue lo único que alcanzó a decirme. Luego se fue hacia donde estaba Ted preparando su material. En el laboratorio solo se nos permite susurrar, el silencio se impone y controla todo nuestro trabajo.

Pero desde el otro lado de la sala Andrés grita: –¿Qué pasó aquí? ¿Y ustedes, por qué tienen las mismas pantallas?



Elena Garnelo



CALCIO /

«Existió una vez una señorita llamada Brillo,
que se movía más rápido que la luz.
Un día partió de viaje por un camino relativo
¡y regresó la noche anterior!»
Anónimo

solo lava
aún no hay piedras

para encontrarme
tendré que abismar
en mis venas

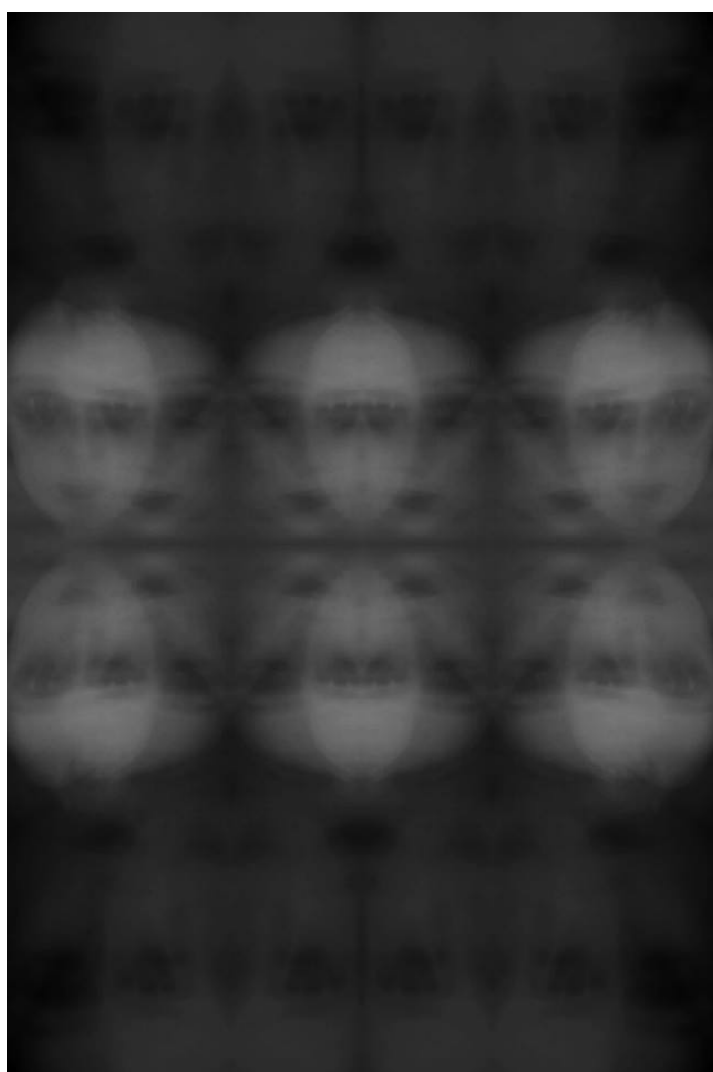
solo peces
aún no hay monos

para encontrarme
tendré que bucear
en mi médula

solo nada
ausencia insondable
un velo de bruma
que anubla
el polvo de estrellas
a solas frente a mi tuétano

perpetuo
aquel instante me
d e s c o r p ó r e o
donde fuimos
singularidad somos

*.sobre este calcio
me briso
una multitud soy tú.*



CALCIO //

verbo
tibio
lesodelanza
arrastran mis cabellos por la camorra

también caballo fui
i mezclé mi sangre con la de otros monos adiestrados
para morir en el mismo charco

fui además mi propia lanza
la llaga
la hoja
el verso
i todas las batallas

*.una legión de gusanos se devoran
solo necesito un muerto
para hacer multitud.*

HABLAR SOLO

Todos tenemos debilidades. La mía se llama ir solo a cuanto café o bar se me ponga a tiro. Como los borrachines que dejan correr las horas mirando el infinito que separa su copa de brandy de las botellas ubicadas en las estanterías detrás de la barra, me encanta refugiarme en estos sitios incluso sin que medie promesa de serenidad alcohólica alguna. Las botellas, en todo caso, siempre estarán ahí, como el extintor de incendios: para situaciones de extrema necesidad.

La cuestión es estar solo pero no tan solo. Solo pero no tumbado en mi cama (qué triste). Solo pero no sentado en el sofá de una casa vacía (qué solitario). Solo pero no en una calle llena de gente (qué pereza).

Para ser totalmente sincero, la materialización de esta debilidad tiene también un propósito funcional-alimenticio. Y no sólo porque a veces elijo el local en función de si comeré fuera ese día (en cuyo caso amplío la categoría café-bar a tabernas que reúnan las famosas cuatro B de mi viejo barrio: bueno, bonito, barato y bastante), sino en función del trabajo que tenga pendiente. O sea, de cómo habré de ganarme los frejoles de sol a sol a lo largo de esa jornada laboral.

Soy autónomo desde hace tanto tiempo que he perdido la cuenta de cuándo fue la última vez que cobré un sueldo con derecho a vacaciones pagadas que pudiera disfrutar durante dos años seguidos. Así que, ya puesto a brincar de una actividad a otra (la danza del periodista pluriempleado: artículos, clases, labores de edición, etc., etc., etc.), lo que hago es encomendarme al espíritu de Jardiel Poncela.

Oh, prolífico Jardiel, mire qué teclado tan suave, mire qué luminosa pantalla (en blanco), ¡mire hacia aquí abajo y présteme a una de sus musas, aunque sea la más lenta! Y todo porque el sobrino de Jardiel me contó una vez que su célebre tío iba apilando las obras de teatro, los guiones de cine, ensayos o artículos de humor disparatado que escribía sin moverse de un bar (¡a razón de varias piezas por día!) según el humor que le procuraba lo que se iba metiendo entre pecho y espalda, fuese de naturaleza comestible o bebestible.

De modo que a veces lo hago así, pero otras puedo hacerlo así. Quiero decir que algunas veces voy al bar a comer o a tomar un café o un té y leer o corregir los trabajos de mis alumnos o darle a las teclas (como hoy,

jueves, que proso estos versos que ni de broma son versos, con perdón de Vallejo), y otras veces simplemente voy a mirar el infinito.

Envidio a los colegas que sostienen que una voz interior los invade y les dicta los artículos como epigramas, los poemas como canciones o las cuatrocientas páginas de las novelas que publican cada dos años con una puntualidad que bien podrían aprovechar para mejor cosa. En mi metódica contemplación del infinito, siempre he estado atento a detectar el menor susurro, pero lamento no deberle a esa voz intrusa ni el menos desafortunado de mis adjetivos.

Lo cual no quiere decir que no oiga voces. Pensar de por sí se parece tanto a oír voces (a través de las voces) que ya sabemos lo que Sergio Pitlor concluía al respecto: que eso nos asemeja a los dementes. Pensar, además, es más fácil que no pensar, como aprenden desde el primer día los que se inician en las apacibles disciplinas del yoga, el budismo zen, ciertas artes marciales y el consumo de psicotrópicos.

¿En qué momento pasé de oír voces mirando el infinito a hablar solo? La respuesta es trivial si tenemos en cuenta mi edad y el más básico esquema del desarrollo temporal de las personas, que por lo visto tiene forma de U. Es decir que ya pasé por ese tocar fondo que supone la crisis de los cuarenta (la base de la U, cavernosa como una herida profunda) y ahora, reajustadas ya mis expectativas a mi definitiva e irreversible realidad (ya nunca más seré eso con lo que me mortificaba de adolescente ni aquello que soñaba de joven), mi desinhibición para hacer lo que me dé la gana empieza a parecerse a la de los niños.

¿Se han dado cuenta de que los que más hablan solos somos, ejem, los adultos mayores y también los niños pequeños? Que unos lo hagamos más para refunfuniar y los otros para inventarse juegos y fábulas llenas de fantasía establece una diferencia de matiz, no de fondo.

En mi caso tengo una segunda hipótesis que me gustaría compartir... conmigo mismo. En breve voy a cumplir una década viviendo en Madrid, por lo que tengo acumulada una experiencia de meditador de bares madrileños de unos 1.565 establecimientos; tal vez alguno que otro repetido, pero siempre desde el conservador cálculo de tres bares por semana (cuando a veces han sido siete sobre siete: confieso que he vivido). Y aunque tengo a la ciudad y a mis vecinos en alta y probada estima, no consigo quitarme de la cabeza esa voz que me dice: el madrileño no conversa, monologa, incluso cuando está acompañado.

Y ahí también me veo yo, monologando solo en cuanto café o bar se me cruce en el camino. Perfeccionando lo que en secreto llamo «hacer un

madrileño». Es decir que si veo venir a alguien (conocido o no) con la intención de entablar una charla, espero que deje una frase en puntos suspensivos para, ta-ta-ta-ta-ta, soltarle el monólogo que venía pensando o declamando en voz alta minutos antes. Sea lo que sea que venga a decirme, ¿cómo desaprovechar la ocasión para poner a prueba la penúltima teoría que pienso incluir en mi próximo artículo?

En otras ciudades en las que he vivido tenía otras opciones. Por ejemplo, los viejos amigos de siempre, con quienes nos podíamos quedar callados durante horas como si cada uno estuviese mirando su infinito desde bares distintos. O el mar, cuyo deseo de verlo y olerlo y oírlo (esas voces a través de las voces) me sobreviene de pronto y me turba y me pone la piel de gallina. Como a Martín Adán, es el infinito que a menudo me falta: «A mí, en la tarde, frente al mar, el alma se me pone buena».

Con ambos, los viejos amigos y el mar, solía tener conversaciones lentas, sin tema fijo, con frecuencia monólogos calmados y azarosos que ahora me dedico a mí mismo en los bares que voy coleccionando por ahí.

Existen los bares, existe el mirar el infinito y existen también los sueños voluntarios, como Borges llamaba al acto de escribir. No me lamento, me gustan estos ejercicios solitarios; sólo que en ocasiones aparece otra voz que me dice: tu propensión a hablar solo a veces te pide una ciudad distinta.

23

que tú diciéndome gentinosa
porque hace lustros que los sueños ya y todo lo demás
salvo ese sabor y el dolor de las gaviotas por la mañana
los badgers los budgies de mircovic que al fin y al cabo somos todas
yo y mi mug y mi musgo
especies trasplantadas y nos salen en la lengua flores torcidas
de tanta humedad
ya más de dieciséis trayendo mundos
quién se acuerda de mi mudez
por eso
me miro la lengua y
en el hilo de colores que baja por la garganta
hay tantos nudos nódulos médulas
tienden sus brazos las medusas
por eso
me miro la lengua y no me reconozco

LEGIÓN

Esta noche yo hablo por todos nosotros, porque nosotros somos muchos; nosotros somos todos, y a veces queremos hablar al mismo tiempo. Así que esta noche yo soy nosotros.

Además, nosotros somos Padre, porque es Padre quien nos hizo a Su imagen y nos convirtió en nosotros. Le debemos mucho. Evidentemente Le debemos todo, y se lo pagamos obedeciendo. Así que esta noche yo, que hablo por nosotros, también hablo en nombre de Padre.

Antes de Padre no había nada, o había todo, que para el caso viene a ser lo mismo: había inseguridad, había soledad, había angustia, había hambre, muchísima hambre, y también miedo; sobre todo, miedo. Ya no queda nada de eso; así que de nuevo podemos tenerlo todo, recuperarlo para siempre.

Con Padre estamos a salvo, y también tú puedes estarlo. Habrás oído que sólo encontrarás la oscuridad en Padre, pero son calumnias interesadas de la peor especie: Padre jamás nos dejaría a oscuras; nos quiere, y los que se acompañan y se quieren nunca están a oscuras. Lo que tú llamas luz no es otra cosa que la ridícula explosión de todos los temores, que brillan con cada estallido antes del silencio final. Nuestra luz es natural. Nuestra luz es nuestra, es Padre.

Padre te quiere, no lo dudes; y como yo hablo esta noche por Padre, yo también te quiero. Y como yo soy nosotros, entonces nosotros te queremos. Además, te queremos con nosotros, cerca, a nuestro lado, que es el lugar único y verdadero. Sólo tienes que decir una palabra, la indispensable; decir sí, afirmar: no hace falta que hables mucho, ni siquiera debes prestar juramento solemne o firmar con sangre, tu preciosa sangre. Nosotros te creeremos, porque la luz no miente.

Te ruego que lo medites detenidamente unos segundos, o si quieres puedes pensar en ello más tiempo: aquí es tiempo lo que nos sobra, porque Padre domina el tiempo; es su dueño y señor. El tiempo está subordinado a los deseos de Padre, que lo estira, lo encoge, lo deforma y lo exprime a Su antojo hasta sacarle todo su jugo. Porque Padre es insaciable, pronto lo comprobarás. Dispones de todo el tiempo del mundo para pensarlo. Y si dices sí, entonces dispondrás de todo el tiempo de la vida, que es más infinito que todo el tiempo del mundo. Con Padre no verás contradicción alguna ni peligro.

Piénsalo, te ruego que lo pienses; y luego di sí: tu afirmación será mi entrada, la entrada de Padre, el triunfo de todos nosotros. Pero tú ya estarás entonces con nosotros; así que también, cómo no, será tu propio triunfo, y lo disfrutarás siempre, una y otra vez, cada noche. Nunca antes habrías imaginado que se puede ganar tan fácilmente, y con tan poco. Nunca antes habrías soñado formar parte de nosotros, ser uno más de la muchedumbre; ser como Padre.

Lo celebraremos juntos; cada noche festejaremos nuestra entrada, la mía y la tuya, la de todos nosotros: será un banquete eterno, jornadas enteras de cambio y de celebración. Verás a Padre, que te querrá como nos quiere a nosotros, sus auténticos hijos; no tiene favoritos, porque nosotros somos Padre, así que todos somos uno. En realidad, si prestas atención y te concentras, no hay nadie más a tu alrededor.

Por eso solamente yo vengo a verte esta noche. Por eso yo te pido que lo pienses, y que digas sí, y que me dejes entrar para que tú –como antes me sucedió a mí también, y a otros muchos antes que yo– seas por fin nosotros.

nosotras
que llevamos el peso del tiempo
con cien caballos negros

bailamos bebemos reímos
como si la locura nunca hubiera florecido
como si la ruina nunca se hubiera abierto

no hay vergüenza cuando llama el invierno aprendimos
a tendernos la mano

nosotras
que pertenecemos a la estirpe de las reinas, nos ahogamos
solas

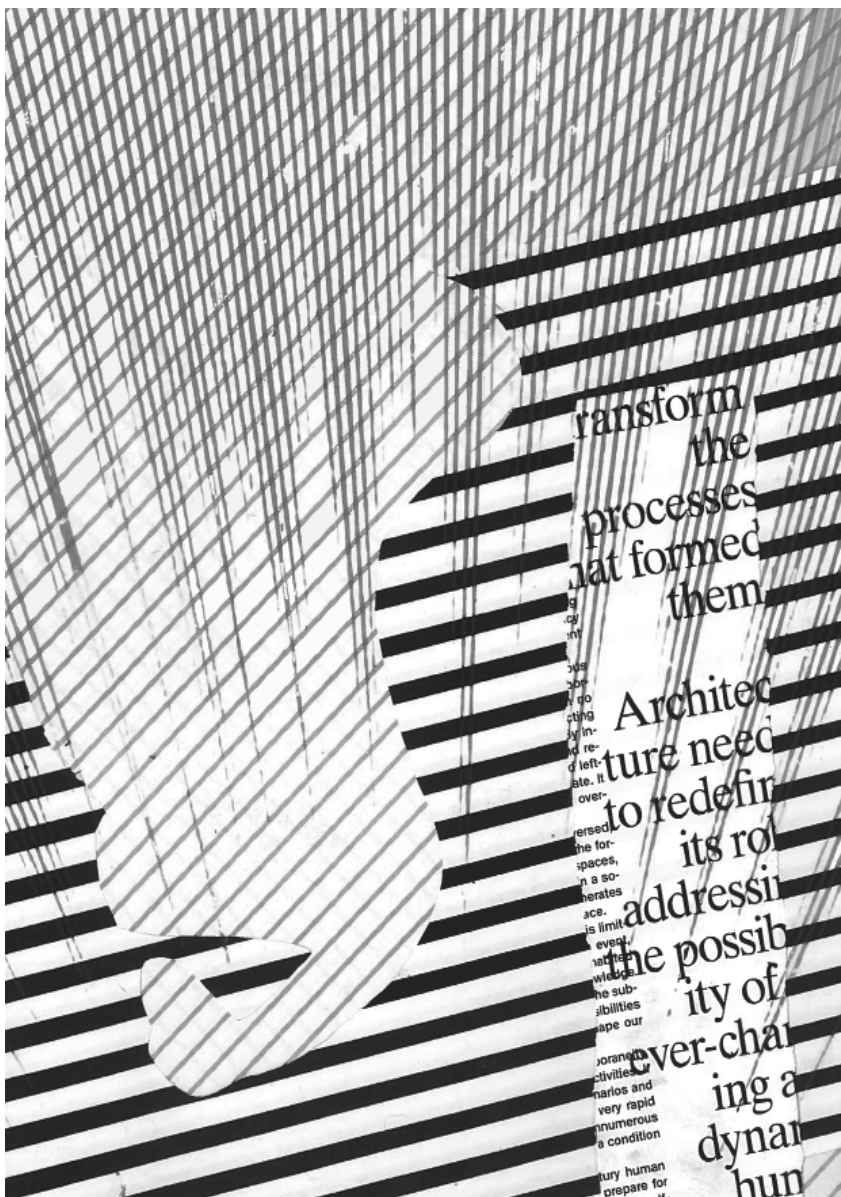
Y le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y respondió diciendo: Legión me llamo; porque somos muchos.

Mc 5, 9

Dentro de una multitud, todo sentimiento y todo acto son contagiosos.

Psicología de las masas y análisis del yo, Sigmund Freud





Valentina Mora

LÍNEAS TORCIDAS

Conversaciones con el traductor

Al comienzo todos los hombres hablaban la misma lengua y, como se entendían, se proponían obras magníficas. Dios, temiendo el acuerdo de los hombres, confundió sus lenguas y los dispersó por el mundo. Esto se relata en el Génesis, y a esta cobardía del Dios omnipotente deben los traductores su oficio. Con esta excusa, converso con Íñigo F. Lomana, traductor y crítico literario.

Joaquín Jesús Sánchez: ¿Cómo se distingue una buena traducción de una mala?

Íñigo F. Lomana: En realidad, sin el original delante, no es posible evaluar adecuadamente una traducción. Hay escritores muy buenos, personas que escriben muy bien, que son capaces de producir textos literariamente correctos que, sin embargo, difieren de los originales a los que deberían ajustarse. Y eso, sin un cotejo del original no es posible verlo. Muchos podríamos creer que es una buena traducción. Lo que quiero decir es que traducir no consiste solamente en producir un texto correcto desde el punto de vista sintáctico, semántico y léxico, sino también un texto que respete, en la medida de lo posible, el sentido de otro previo.

JJS: Porque te parece que el objeto de la traducción es verter lo más exactamente a otro idioma...

IFL: Hay muchas teorías de la traducción. Hay quien dice que la traducción no tiene tanto que ver con las palabras como con los sentimientos. Cuando leí esto, me hizo muchísima gracia. Es como convertir la traducción en una especie de güija. Al traductor le correspondería la tarea de identificar, no sabemos muy bien por qué medios, las intenciones emocionales del autor para convertirlas en palabras. Se trata claramente de una exageración. Es una malversación del oficio de traductor. Yo creo que la traducción, aunque obviamente no es una disciplina científica, debería aspirar a guiarse por parámetros científicos. Dentro de ese espíritu general, habría que distinguir entre las traducciones técnicas, las literarias..., donde ya entran en juego unos factores diferentes. En la traducción literaria, además de tratar de hacer una correspondencia lo más precisa posible entre palabras, tienes que intentar captar esa esencia vaporosa del texto a la que llamamos «el estilo», que debes intentar respetar, aunque no siempre resulta sencillo encontrar la manera de reproducir ese estilo en la otra lengua.

JJS: ¿Puedes abundar en esto del *carácter científico de la traducción*?

IFL: Lo que quiero decir es que si se pierde el carácter paracientífico de la traducción caemos en lo de la búsqueda de los sentimientos. Si no es seguir palabra por palabra un texto, e intentar ver cuál es la trasposición de esa palabra al otro idioma, ver si hay una trasposición directa, si tienes mayor libertad o si es necesario introducir alguna precisión... Si se pierde esa correspondencia que deberíamos tratar como si fuera matemática (aunque por supuesto no lo es) entre un texto y otro, ¿qué queda? Te puedes inventar el texto entero, ¿por qué no? ¿Cuántos millones de formas hay de traducir una frase de un idioma a otro? Tienes que ajustar lo máximo posible para que las palabras, en cuanto a número incluso, sean las más parecidas al idioma que estás traduciendo. Sin esta pretensión, sin esta disposición científica y sin esta purificación rigurosa, la traducción termina por convertirse en un cachondeo absoluto.

JJS: De inventarse los textos hay quien ha hecho un arte. Todas las traducciones de Borges son falsas.

IFL: Hace unos meses leí una entrevista escandalosa en la que un escritor muy famoso reconocía haberse inventado las traducciones que había hecho de joven. Por desgracia, no recuerdo el nombre de este sujeto, pero lo más ofensivo era ese tono jactancioso de «soy tan bueno que a mí no me hace falta escuchar el susurro de un mindundi como este para crear, sé que lo voy a hacer mejor». Vale, sí, es una opción.

JJS: ¿No hay tentaciones de mejorar una frase?

IFL: Constantemente. Además, no sabes dónde parar, porque por mucho que sea tu conocimiento de la lengua de origen, tienes lagunas. No siempre está claro si, a la hora de hacer alguna precisión, estás o no respetando el original. Es difícil tener un conocimiento tal del idioma de partida que te permita tomar estas decisiones sin ese vértigo que sentimos tantas veces los que nos dedicamos a esto. Pero las tentaciones son constantes: de introducir palabras, de evitar una nota al pie haciendo una precisión dentro del texto...

JJS: Solo te queda la disciplina.

IFL: Claro. Y tienes que estar revisando el texto constantemente, porque en las primeras versiones siempre se escapan aberraciones, tics personales de los que es muy difícil deshacerse y aparecen donde uno menos se lo espera... El problema es el tiempo de que dispones para hacer una traducción. Ponte que sean tres meses para hacer una traducción de cuatrocientas páginas... Las oportunidades que tienes para revisar ese texto son, como mucho —como muchísimo— dos. Por esto salen las traducciones que salen. Si se dispusiera de un poquito más de tiempo y pudieras corregir tus traducciones con más

calma y alguna vez más... Luego los editores ven muy mal que en galeradas hagas precisiones. Muchos traductores utilizamos las galeradas como segunda o tercera lectura del texto y tratamos de ajustarlas. Pero eso está muy mal visto. Sin múltiples correcciones del texto las traducciones son necesariamente malas, porque en una primera versión de una frase hay, seguro, desajustes sintácticos y semánticos, salvo que seas una persona con muchos años de experiencia a la espalda.

JJS: Y, ¿qué tal es la convivencia del traductor con el resto de especímenes de la fauna editorial?

IFL: Buena, siempre mejoran el texto. No me he encontrado con un corrector ni con un editor que no mejore el texto. Debo de tener mucha suerte. Luego están las batallas cotidianas, que en mi caso son los adverbios en -mente y los adjetivos antepuestos. Es una guerra constante. Los correctores consideran que si hay abundancia de estos adverbios hay que sustituirlos por construcciones adverbiales, con lo cual muchas veces, al cambiarlos, se desfiguran las frases y aparecen verdaderas deformidades sintácticas... No sé qué problema hay para mantener un adverbio acabado en -mente o un adjetivo antepuesto, que no es un anglicismo, es que en algunas ocasiones el adjetivo está mejor puesto ahí, además de que ya sabemos que puede cambiar el sentido. Y en otras ocasiones es una decisión estilística, perfectamente legítima, que toma el traductor.

JJS: ¿Qué opinas del nivel de las traducciones en la industria editorial española?

IFL: No es muy alto. El otro día (lamento sacar este texto, pero es que me ha dejado profundamente impresionado), me puse a leer un libro que publicó Siruela a finales de los noventa. *El caso del profesor Culianu* se titula. Es un reportaje sobre la muerte de un profesor rumano en Estados Unidos. Creo que la traductora no era española y estaba traduciendo del inglés, con lo cual debía de haber problemas de ajuste idiomático importantes. Pero no entiendo cómo al editor o el corrector que leyera el texto se le pudieron pasar cosas como esta: en un diálogo, un alumno de doctorado está muy angustiado porque va a defender su tesis, se lo comenta a otro profesor y este le responde: «No te preocupes, es un *rito pasajero*». Hay casos en que se te va la cabeza, o, como ocurre aquí (creo que era francesa la persona que estaba traduciendo, traduciendo del inglés) se te pueden cruzar lenguas, pero, ¿el editor que leyó el libro no se dio cuenta? Yo he tenido que dejar de leerlo (cosa que, por cierto, no me pasa con mucha frecuencia) porque no entiendo nada. Me ocurrió también con las memorias de Christopher Hitchens, que publicó Debate no hace mucho. Llegabas a algunos fragmentos y decías, pero bueno, ¡esto qué es! No se entendía absolutamente nada, ¡pero nada!

JJS: Probablemente al corrector le dieron seiscientas páginas y le dijeron: para el domingo.

IFL: Sí, sería una de estas cosas apresuradas. Hasta donde sé, las editoriales competentes tienen una corrección de estilo inicial y luego una ortotipográfica. Tampoco sé muy bien a dónde conduce en términos comerciales la publicación de un texto que es ilegible.

Hace poco me he contradicho. He dicho que no era posible identificar una traducción mala... Yo no he leído el original de *El caso del profesor Colianu* y rápidamente lo del «rito pasajero» me ha dado la clave. Cuando una cosa es muy basta está claro que la traducción es mala. Cuando salta a la vista. Los errores garrafales te indican que estamos en presencia de una mala traducción. Aunque, como antes he dicho, puede haber textos muy buenos que no sean buenas traducciones.

JJS: O que el autor original es realmente malo.

IFL: Bueno, también puede darse ese caso, sí. Pero creo que el traductor que se encontrara en el original con algo similar a lo del *rito pasajero* sentiría la tentación de corregirlo y además añadir una hiriente nota al pie.

JJS: Y, ¿crees que hay algún texto que no puede ser traducido?

IFL: No. Yo creo que todos los textos, de una manera u otra, con un porcentaje mayor o menor de aproximación al original, se pueden traducir. Yo no me he enfrentado a textos en lenguas orientales, no me he visto en ese brete, pero entiendo que alguien que maneje el idioma original bien podría llegar a hacer una aproximación, que es de lo que se trata, con esa depuración científica.

JJS: Y sobre esto, que se repite tanto, de que la poesía es intraducible, ¿qué opinas?

IFL: No creo que sea intraducible, requiere de habilidades distintas, entre ellas, cierta sensibilidad poética o cierta práctica poética. Supongo que puede que esas habilidades sean menos frecuentes, y eso haga que una buena traducción de poesía sea más rara. No creo que sea imposible. En España hay buenos traductores de poesía.

JJS: ¿Por ejemplo?

IFL: Pues mira, Damià Alou. Sé que mucha gente se llevará las manos a la cabeza, pero yo le tengo mucho cariño por la traducción de la poesía completa de Philip Larkin. No he seguido su trayectoria de principio a fin, desde luego, y he oído críticas furibundas, pero a mí me parece un buen traductor de poesía.

JJS: ¿Y los textos raros? Pienso en el *Ulises* de Joyce.

IFL: Es lo que hablábamos antes del estilo. Se trata de la habilidad idiomática del traductor y de su experiencia. Las editoriales con las que trabajo tienen a un número de traductores en plantilla, y el editor sabe ver qué texto se ajusta más a las particularidades, incluso creativas, de un traductor.

JJS: ¿Qué opinas de las traducciones de escritores famosos? Por ejemplo, las que hizo Cortázar de Poe. Sospecho que no te acercas a estos textos por acercarte a Poe, sino por lo que Cortázar hizo con Poe. Además, cuando se edita, se pone en letras bien grandes «traducción de Julio Cortázar».

IFL: Supongo que esto se basa en la premisa de que, como los escritores saben escribir (la mayoría, al menos) pues necesariamente tienen también que traducir bien. Como Cortázar era un buen escritor, su traducción tiene que ser excepcional. La dimensión literaria de Cortázar convierte a su traducción en algo mejor que una buena traducción. No creo que estas premisas tengan ninguna validez. No creo que un buen escritor tenga que traducir bien. Estaría bien que los textos los tradujera alguien y luego los revisara un escritor, eso sí. Los escritores serían muy buenos correctores.

LO QUE APENAS SE VE

preguntaste qué es eso, qué cosa, ese brazo de nube, cuál, la que está llena de puntitos.

Pero no era una nube y se veía muy bien. Bienvenida a tu casa, contestó alguno, burlándose.
La galaxia te deslumbró.

Ese tú que soy yo que eres tú, mi segunda persona me conecta contigo porque puedo ser tú cuando miras.
La galaxia me deslumbró, sentí un golpe interno de trueno.

Cada estrella, más grande que el sol, convertida en un punto.

Esa distancia.
Se dice con años medidos en luz, pero quién puede, de verdad, comprenderlo.

Bienvenida a tu galaxia, dijo, burlándose de mi boca abierta.

Allí estaba el brazo de leche, y en una esquina de ese brazo, este punto de globo

terrestre

con sus estaciones, sus ciclos, su Perséfone abajo subiendo los frutos para alimentarnos. Y costales llenos de arroz y de trigo, para alimentarnos. También llegan barcos cargados. Y hay pantallas de plasma para ver esa imagen del hombre que pisa la luna y empieza a volar.

Aquí, cada uno
con su mundo auestas, con su caja de facturas y su miedo al rechazo, a que te digan no me gustas así, cada uno escribiendo sus hojas, su libreta de días, diciendo yo, yo y también yo, sin pensar en el disco de estrellas sobre el que dormimos dando vueltas a una velocidad que marea si piensas en ella, dando vueltas

hacia la expansión de un universo que no tiene fin.

Pensar en esto,
en ese borde,

en el vértigo que siento en la noche cuando sueño ese borde sin poder imaginarlo de ninguna manera.

¿En dónde termina, a qué playa llegan sus olas de tiempo?

Esa espuma de cosmos derramada

desde un punto más pequeño que mi dedo meñique

más pequeño que mi dedo meñique en un instante bing en un momento bang y empapa

los ojos que miran estrellas cuya luz salió de casa

hace miles de años luz y todavía no vuelve, quién la espera, quién allí, en la tierra de otro sol, puede mirarnos

(es posible que parezca un bicho submarino) quién allí enciende también sus abismos.

¿Quién allí, qué idioma habla?

¿Conoce la palabra multitud?

Aquí, cada uno

a veces se siente tan solo que se le agrieta la noche y a veces mira los puntitos en ese brazo de leche que nos amamanta.

EL ECO DE LOS CARACOLES

En Jerusalem los ascensores nunca se detienen. Hacen una leve parada en cada piso como el que saluda al fuego y le dice: *Hola fuego, me alegro de tu calor* no como un acto hilarante sino como una posibilidad de sentarse cerca del mundo cuando el mundo te ha dado la posibilidad de alojarte en un hotel.

Había empezado a escribir este poema como si me hubiera muerto. Mi madre observa mi rostro lívido a través de una ventana y me da la razón: *Es verdad, hija mía, se editan muchos más libros de los que podríamos leer jamás, ahora que la raza humana ha concluido que podemos olvidarnos de la historia.*

Mi historia comienza en mitad de una mentira: un orfebre latino abre un cofre y mete mil discursos de color violeta. Una monada. Yo arranco y arranco las páginas, interminables folios sin reverso y siempre llego al mismo término: *Eres una pequeña oruga de orejas tiernas alojada en el interior de un manicomio.*

Pero hagamos en este capítulo una reseña colectiva sobre la importancia de entender el amor como un cadáver. Hagamos en este capítulo un abanico de álamos que nos insufla el aire suficiente para respirar otro par de horas. Abramos en este capítulo un hueco, una rendija por la que introducir despaño la fragilidad.

Abrázame.

El sol entra deliciosamente por la ventana y me abraza los ojos. Todos los alumnos están en sus cosas y sus cosas están en los padres de sus cosas, mascotas con bozal y cascabeles que tintinean cuando se abren las puertas: *Miau, sal de ese cuerpo.* Materialízate en algo que no sea la pregunta fallida de un examen, un soplido, una ola.

Se acabaron los años 20.

Se ha suicidado Walter.

Benjamin es un sustantivo peculiar que puede significar noche, aislamiento, amistad o nube; igual que para Kafka los pictogramas eran su garaje, en alemán.

¡Es la única manera de ascender económicamente, entérese de una vez, insecto, cucaracha!

Merodea la culpa.

Siéntate aquí y atiende a lo que dice la noche. Es el único camino para iniciar el protocolo de la edad. Siéntate aquí, sobre mis rodillas, y atiende al festín de la noche. Está amaneciendo y en la casa de mis padres, un edificio del 75, todavía se escucha el aullido de los pájaros. No hay urbanizaciones. Solo edificios. Buenos días– me dice el jardinero.

Tel Aviv se ha llenado de turistas. En sus cajas blancas-hogar, los artesanos abren pequeñas grietas de estaño por las que se cuelan pequeñas constelaciones que amasan con sus pequeñas manos.

Construir una casa a la que huir es congelar el mundo cuando dices: *Adiós, fuego, me alegro de tu calor.*

QUIZÁ VUELVAN

Puede que alguna generación vuelva
Quizá en 100 años,
pero puede que vuelva

Quizá con la barbilla alta
Como supervivientes
De sus padres, los que huyeron
Quizá con la cabeza gacha
Buscando en el suelo su identidad

Pero puede que vuelvan
A la tierra que nacieron odiando
Al pueblo que nunca pisaron
La casa que no habitaron
y junto al río que los refleja,
por primera vez

Así que es posible que vuelvan
Quizá con inspiración romántica
buscando un familiar en mil rostros
Quizá con curiosidad histórica
buscando pruebas y razones

Pero puede que vuelvan
Regresando a la tierra
que nunca abandonaron

Y entonces,
¿Qué hará la gente que los espera,
que no se tuvo que marchar?
Hijos de los verdugos
¿Sonreirán al turista?



masa vacía canta una ruina sus grietas.

MASA VACÍA CANTA UNA RUINA

cómo vibra al sonar un canto de quién de quien al doble
tantas voces altera

masa que no es igual a ninguna su
espacio una
.

cómo canta esa ruina las grietas de cada hombre
avanzando
en
lo oscuro mucha

..cruje en lo oscuro como al compás del tan lentos pies cuál retumba
donde un silencio envuelve canta una ruina
qué hay más abajo unas siluetas pronuncian qué masa
insinúa una forma de
junta retazos una forma en voz un gutural acento
quiénes pronuncian la masa ya
mucha masa vacía ya siempre cantan su ruina su grieta re
o tumba en lo oscuro

«First we take Manhattan»

Algunos iban dejando un surco de dulces lágrimas por la gran avenida.

Vi las manos de una chica, apenas algo más que adolescente,
encrespadas como vides, a punto de romperse. Los ojos a gritos.

¿Quién era esa gente?

Las pantallas de sus teléfonos móviles alzadas orando a la multitud
la calzada de plata respirando brumas, recibéndolos, aupándolos
calle arriba el azul eléctrico de los edificios haciendo eco de los cánticos.

En un andamio a la altura de la 57 andaban cinco siluetas colgadas, murciélagos
sonrientes zarandeándose sobre una colcha de cartones en los que el agua derretía
de a poco las consignas.

¿Quién era esa gente, digo, quién era yo?

Alguien corre a la otra esquina de la calle, alguien levanta los brazos como sacándose
el pullover de una modorra prolongada. Los cantos no cesan de hace horas.

Por sobre un coloso de bronce el helicóptero petardea como un arma acatarrada.

La ciudad descansa de la lluvia pero sus ríos aún descienden silenciosos la gran avenida.

¡Allá voy! ¡Al este! ¡Hacia la noche!

a donde el tiempo viene
como una sombra sólida

La noche avanza rompe en sus orillas
las fronteras de las patrias los tontos muros
y cobardes, mientras las gentes duermen
como en el fondo de un lago, al este donde
la ley es la noche y temporera

nos busca, nos acuna, nos susurra
los himnos del filibustero y nómada

Yo quiero pedirle asilo a la noche, a mis
hermanas que sueñan bajo su agua negra
a su país hecho de tiempo y corrientes

¿DE QUIÉN ES LA CALLE?

DRÁSTICA CARRERA ACUÁTICA DE LA SINUOSA

[illegible]

lanzamos entonces el hilo y prendió en la cúspide superior entre los restos de humedales la pirueta arriesgada pasamos de nivel el mundo abajo yacía precioso las tres bocas se filtraron por la lengua exlogo no hay que hacer nada hasta que lleguemos al área de conductos troncales pero el pie ascendía por la exageración de peldaños la operación o finalizaba en vísperas del inicio seguido y exuberante de una cadencia de habla de longitud de onda en la retícula de tubos la ciudad está creciendo a ritmo irracional / corta corta emisión subgénero centelleo spuspussuchupchupchupcpcuhshshsh / veo millones de túneles flotantes cosidos esqueletos como ballenas una cremallera de esqueletos en red / kukukukukukukukuuuuuuuuuuuuugggrrr : silbido como emulando el viento mucho el viento labios juntos como si besara / cuando perecí siete agujas inoculadas en el rostro retransmitieron la memoria física de años luz en colisión:

a a a aaaa

aaaa distancia no entendí cuerpos microscópicos lanzados habían desaparecido a escribir recibimos así el código en bolsas de plástico que contenían órganos de terciopelo fluorescente embalsamado viví cientos de instantes a la espera de la respuesta y aquella niña del receptáculo gimió la coleta larga se escurría por detrás de la capucha

/multinivel de clase dos

aún cuelgan bolsas con órganos fluorescentes

come azúcar con purpurina en un brebaje que me tiende / salva la piel y su contorno podríamos estar viviendo en los recovecos sucios de una gran tripa lanzada al cosmos seríamos las heces de un intestino cuando llegue el instante de la expulsión qué sentiré?

El mapamundi está pegado al cielo la tierra será será las larvas de abeja en la guarida es un desván de vigas y cableado con farolillos colgantes la vida está a punto de estallarnos de

nuevo

en la cara prieta y tensa yo/nosotros heredar la base lingüística con una conexión intrasensorial cerebro-cerebro la sangre en la boca quién eres? respuesta

tocarnos

[illegible]

en la esfera

tres
tres
tres
tres

tres

(2) el búfer toca la distancia mancha voraz ausencia de gravedad en algunas zonas
cambiamos de tamaño de brazos a alas te sujeto no caerás del dedo supuran cinco
nervios retráctiles para la conexión con las fosas sépticas de la estrella o del cosmos de la
octava caverna trece se volvió a ella misma una bifurcación confusa la materia empieza a
distorsionarse saltamos en el tiempo blupblupblupblupblupblupblup.....trestrestres/blup/tres/blup/tres/blu-

ESTAMPIDA

la nariz se transforma
en hocico recogido en una pata
la mirada palpita en lo real
desnuda renacida

hace tanto nos entregamos
a este lento caminar

migramos de bosque a selva desde
regiones húmedas al desierto
una pata absorta en el lenguaje – volcán
que fija nuestros tránsitos de especie
a continente de contienda
a museo
la herida de lo salvaje arremete
con impertinencia
C Í C L I C A M E N T E
arrasa
y cuando ya no queda
nada
nuevamente engendra

la destrucción nos vuelve huella

la nariz se transforma
en océanos sobrevenidos
también fuimos peces
extirpados del caminar solo
temporalmente
porque la branquia deviene
trozos de esqueleto
tallado en el laberinto
de las especies que multiplican
las formas de acceder
a lo humano que funciona
como nudo ciego / límite que solo en apariencia
niega

¿lo humano? –sangre oscura
de animal amputado
mirada que escruta
pisadas retenidas a fuego
en el lenguaje:
en soledad
siempre fuimos muchas patas
escamas pezuñas pelos dientes
arrebatos

soledad signada por todos
los tránsitos que una
y otra vez niego:
como el pecado original
como el olor animal de la primera muerte

noche tras noche
me caminan insectos que no llegan
al territorio incendiado
de las grandes migraciones
a la glándula abierta
de las nuevas especies
que inaugura tránsitos
múltiples

los insectos no llegan
y me dejan sola
en el tránsito hacia otra
especie desconocida
inhóspita

una vez más se me oculta el cuerpo
que contiene todas mis edades

a veces en los restos de un animal
atropellado
la estampida se detiene
y el sentido explota

en silencio recompongo
en la memoria
todos mis cuerpos rotos

somos el paisaje de animales
en tránsito
esperando los nuevos nombres
de lo sagrado
los nuevos límites entre especie
y especie
entre pata
y mano
entre huella
y trazo

como era en el principio escribimos
para ordenar la visión de un mundo incomprensible:
respira *abre los ojos* *levántate y anda*

una vez más
en medio de gruñidos y palabras
el paisaje que somos
se levanta

no sabemos distinguir si somos
la huida o el recuerdo
de la huida que regresa
al nacimiento de una vida
indestructiblemente
múltiple

blanca,

lechosa
queda la oveja

modorra, de sesos

fritos

Repasada.

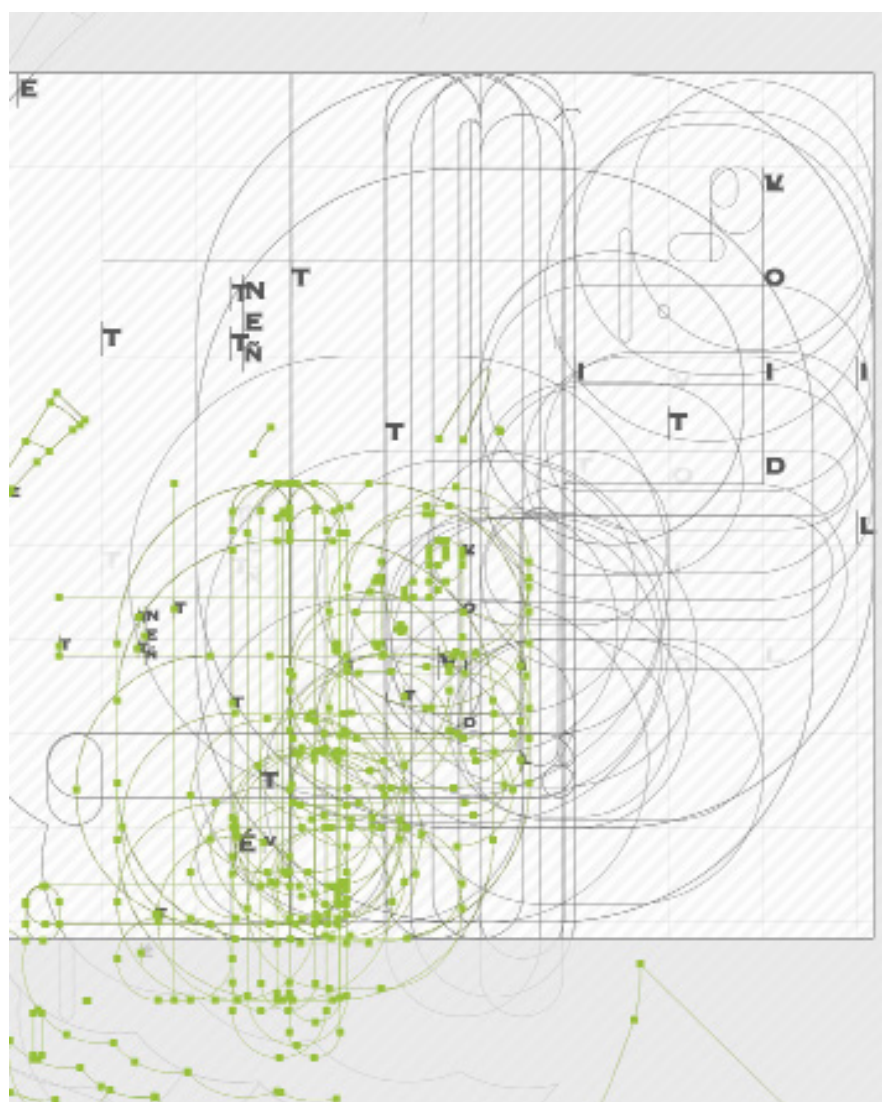
En pelote se revuelca en la juncia,
fresca del soplido de la Barragana.
Sudando la lana y jartita de cardo
que espulga frotando el lomo con-
tra la espadaña; hiera la pellica y
siembra deseo en la dehesa.

Rezuma
moquea
caga

BUKKAKE

Juan Francisco Gordo





Elena Garnelo

RECUERDOS DE UNA CONVERSACIÓN ANTES DE LA COMIDA

No necesitamos un coche para llegar a los sitios
porque el mundo también está aquí
y no sólo lejos.

Mente fresca se llamaba el té
que quise comprar por internet;
debajo del piso en el que quise vivir
se encontraba el despacho de una pitonisa.

Hay una catástrofe diaria
fuera de escena

hombre blanco de 25 años empuña una pistola en una guardería

— las armas no matan, son los hombres — dice alguien

El mejor momento para tener críos es cuando te estás sacando el
doctorado, dice el estado, dice alguien.

No tienes que ser romántico,
para follar ya no hace falta.

Era demasiado. Tantas pancartas vacías en las núbiles calles, tantas voces congénitas y nadie aislaba la bruma. Todo era ascendente, no había respuestas, se sentían tardíos en tumbas abiertas a altas horas de hálitos. Rezaban las rodillas al tiempo que el pan ausente en los niños les hacía la existencia descalza. Estamos próximos, decían, estamos acá, aniquilando pórticos en los balcones jugados al pie, en esta ciudad pasajera, que no nos cabe dentro. Es así como perderemos todo, es así si esperamos siempre maravillas azules que nos alimenten. Debemos estallar, decía uno. Debemos hacer estruendo en las ventanas y no callar en los brazos, vamos hacia la tempestad, el último minuto es importante como el principio fecundo de nuestros huesos. No seamos guarismos, nuestro estómago no es cerebro vacío, ni televisión satisfecha en su abundancia. Vamos al cemento, a las columnas de tumbas soleadas donde no atardezcan nuestras cenizas. Aún respiramos nuestro libre animal, es lo que hace fluir nuestra fugacidad humana, sin dejar a nadie dormir en púas. Hagamos ruido, que suene Bach en toda nuestra hambre, quienquiera que seamos. Una bala que nos encaje no resuelve la tristeza de las banderas. ¡No es un sueño inservible! ¡no es nada tierno el despojo!, seamos lanza de lo apremiante, seamos la pólvora que no mendiga vida.

SUBURBIO

dos poemas de *Migrante* (La Garúa, 2017)

SENSISTEMALISMO

Soy el origen de las razas
clasifico el cardumen con cañones
sin embargo construyo fantasmas en serie
me alimento de la ignorancia aspirante a la ceguera
acumulo fragmentos de abismos para retratar esperanza
soy el hambre
y el eclipse solar de la mirada objeto de los sueños moribundos
tan jubiloso como boca en néctar que emana de la textura de tu rostro
cuando el sonido de los bolsillos azota tus ojos embarrados
soy el alcohol de cada centímetro de tu garganta
con el grito ancestral de tu amnesia
soy el negro de la frontera acechando continente
la indiferencia del lenguaje con todas sus vallas y opulencias
que transita el color
soy una medianoche sedienta y navego avaricia
en el corazón flotante de huesos de los santuarios
que han arrojado a los muertos del pan
lagartos días sin substancia en el desconocimiento del ser
donde yace el espacio sin conciencia
donde entro a tallar marinando tu casa
golpeando tu sangre esqueleto para comer de tu carne
soy el sudor perfumado y absorbo tu esencia
soy la violencia embotellada de tu fulgor
el engaño permitido de los templos.

LA GENTE

La gente sabe a pescado.
Para ser más exactos, la gente
Sabe a merluza,
Como esa que te ponían en el colegio, rebozada en harina y huevo
Y que a ti te encantaba.
A tus amigos, en cambio, no les gustaba mucho,
Como tampoco les gustó
La paella pegajosa que sirvieron una vez
Las rápidas y cansadas señoras que
Trabajaban en Lunch Vial.
Era una paella amarilla que se les pasó
Pero sabía muy bien,
Y tú hubieras repetido si no fuera
Porque te dio vergüenza
que vieran que te gustaba algo que a todos asqueaba.
Tus compañeros,
Ricardo,
Que tenía los ojos como huevos cocidos,
Se ponían en el pecho los picos del pan
Y decían: “¿Quién quiere teta?”
Le llamaban “teta” al pico del pan
O si no, “corrusco”.
En tu casa lo llamaban “corrosco”
Y el cambio de vocal te parecía
Tan espantosamente ridículo
Que tenías ganas de dar puñetazos en los ojos de huevo.
Y lo del pan
También te molestaba
Aunque no sabrías decir por qué

Y te avergonzaría contarlo.
La gente,
Que sabe a merluza,
Se desliza por la calle brillante de agua
Boquea débilmente bajo la lluvia
Mientras un hilo de naylon
Tironea de ella entre los pulmones,
Rozando y cortando los órganos internos,
Tan despacio que la gente
Solo se siente un poco molesta y asfixiada,
Aunque puede moverse por donde quiera.
Y la gente, o por lo menos tú,
Solo descansas
Cuando puedes comer algo.



Elena Garnelo

Las tortuguitas nadan de acá para allá chocando contra las paredes del barreño. Al principio le daban pena, las sacaba rápido, las veía patalear en el aire con una misericordia que sabía patética, y las dejaba en el agua de nuevo; y ellas volvían a chapotear y a chocar. Después, cuando comprobó que dejándolas afanarse en esa lucha estéril contra su cautiverio, se acercaban más niños, más niñas, ávidos de fascinado pavor, comenzó a demorar el momento de sacarlas del agua, y a recrearse en la espera. Esos ojos del niño, la niña, que casi lloran al ver a las tortuguitas ir todas al mismo rincón, unas tras otras, y apelotonarse, y patalear al aire. Cuando comienzan a hundirse, y al niño, a la niña, se le rompe la respiración, él las saca, una por una, con parsimonia teatral, y una por una les gira la ruedecita blanca hasta que oye el chasquido y la rueda no gira más, y las vuelve a posar en el agua —no las deja, las posa—, una tras otra, y nadan como locas, risueñas como los niños, las niñas, que ríen, papá, cómprame una; mami, cómprame una; y él señala el cartón en el suelo, 1€. Y él vuelve a coger las tortuguitas, una por una, mientras mira al payaso triste de la acera de enfrente, el sombrero vacío y ni un niño cerca, porque los niños tienen miedo de los payasos pero no de las tortuguitas de colores: amarillo, rosa, morado, naranja, verde, un euro; las únicas palabras que sabe. Y vuelta la tortugueta al agua, y cómo nada, para que luego digan que son lentas; y esa belleza atroz de los niños, las niñas, que parecen de colores ellos también, de plástico; a veces hasta adivina en el niño, la niña, de qué color será la tortugueta que elegirá. Y el padre, la madre, le da una moneda: total, un euro; y él saca la tortugueta amarillo, rosa, morado, naranja, verde, y se la da al niño, a la niña, la posa pataleando y chorreante en su manita sudorosa y cálida, y el niño, la niña, se estremece, el agua está fría, y se queda quieto, quieta, y mira a la tortugueta; y el padre y la madre le dicen que camine, pero el niño, la niña, mira a la tortugueta, la tortugueta en su mano, la tortugueta sin agua, cada vez patalea menos, más lento, sin gracia, torpe, un trozo de plástico.

ÍNDICE

Salutación	3
Paralaje (Ana Gorría)	7
La cuarta ciudad (Joaquín Jesús Sánchez)	9
Pantallas (Laura Liendo)	11
Calcio I y II (Jorge Coco Serrano)	15
Hablar solo (Toño Ángulo Daneri)	19
Autoanálisis léxico semántico: préstamos, adopciones y tatuajes (Eva Gallud)	23
Legión (Fernando García Maroto)	25
(Ainhoa Ezquiaga Bravo)	27
LÍNEAS TORCIDAS. Conversaciones con el traductor	33
Lo que apenas se ve (Catalina García García-Herreros)	39
El eco de los caracoles (Raquel Ramírez de Arellano)	41
Quizá vuelvan (Sofía Nowendsztern)	43
masa vacía canta una ruina (Cristina Elena Pardo)	45
¿De quién es la calle? (Natalia Castro Picón)	47
Drástica carrera acuática de la sinuosa (Lola Nieto)	49
Estampida (Valeria Canelas)	51
Bukkake (Juan Francisco Gordo)	54
Recuerdos de una conversación antes de la comida (Sara Ferro)	57
Suburbio y Sensistetalismo (Giovanni Collazos)	58
La gente (Blanca Alfaro)	61
Tortuguitas (Alejandro Molina Bravo)	63

Impreso en el
mes en que Urano
entró en Tauro
después de estar
84 años en Aries.